

La Tumba de Sargerias

Escrito por Robert Brooks

Tercera parte: La furia de la tumba

Olas colosales de energía chocaron y se entrelazaron hasta convertirse en un vórtice rebosante de poder arcano y vil. La enorme cámara se estremecía y ondulaba, torrentes de fuego fluían a través de ella, y aun así ni Khadgar ni Gul'dan vacilaban, cedían o siquiera parpadeaban.

En su lugar, Khadgar sonreía y mostraba los dientes. Tenía los brazos extendidos hacia adelante y el mentón en alto. No había ilusiones en este lugar. Solo una avalancha de poder puro y bruto.

Del punto exacto en el que colisionaba su furia emergía fuego. El aire mismo amenazaba con encenderse. Si lo hacía, todo dentro de la tumba quedaría destruido, incluso Khadgar incluso Gul'dan.

A pesar de eso, ninguno cedía.

—*GUL'DAN, DETÉN ESTO.*

Esa aborrecida voz de nuevo. Kil'jaeden. —¡No te metas en esto! —vociferó Gul'dan.

—*OBEDECE. RETÍRATE.*

—¡Puedo matarlo! —respondió Gul'dan enfurecido.

Khadgar sonrió, el sudor empezaba a brillar en su frente. —¿Quién es ese, Gul'dan? ¿Quién sostiene tu correa? Gul'dan respondió con un rugido sin palabras, lanzando incluso más poder al archimago. Volaron chispas, pero Khadgar desvió la energía con una risa ronca. —¿Cuál de tus amos falta por morir?

La voz de Kil'jaeden se apoderó de la mente de Gul'dan.

—*¡ACABA CON ESTO! NINGUNO DE USTEDES PUEDE MORIR HOY.*

—¡¿Qué?!

—*HAZLO, ¡AHORA!*

No era tan solo una orden, era un ultimátum. Gul'dan obedecería o sería expulsado de la Legión. De inmediato.

Así que obedeció. Gul'dan abrió los brazos y convirtió su poder en una delgada cortina de fuego vil puro. El ataque de Khadgar la hizo añicos, pero al tiempo que colapsó, desató una explosión de luz cegadora. Khadgar se cubrió los ojos. Para cuando el resplandor se desvaneció, Gul'dan ya no estaba.

Khadgar se enderezó y se quitó el polvo de los hombros. Los hilos de su toga habían comenzado a arder. —Sé que estás aquí, Gul'dan —dijo—. No tienes a dónde ir.

Gul'dan merodeaba en las sombras. El pequeño truco que había usado en contra de los vigías evitaría que Khadgar lo viera físicamente, pero Gul'dan sabía que el archimago tenía otros modos de encontrarlo. —No puedo completar tu tarea sin que me encuentre —le dijo Gul'dan a Kil'jaeden en voz baja—, déjame matarlo.

—HARÁ LO QUE SEA PARA LLEVARSE LA VICTORIA. ESA SERÁ NUESTRA OPORTUNIDAD. MÁS ADELANTE.

Gul'dan no entendió el significado de esas palabras. Pero ahora sabía que la Legión Ardiente también tenía planes para Khadgar.

Y eso llevaba a preguntas interesantes. ¿En verdad creen que pueden convertirlo? Si tienen éxito, ¿seguirán necesitándome? La traición volvía a ser algo atractivo.

Gul'dan seguía moviéndose en la oscuridad. Khadgar empezó a invocar unos orbes arcanos brillantes que disipaban la oscuridad poco a poco.

También llenaba la cámara con palabras: —¿Qué tan importante eres, Gul'dan? ¿Es Kil'jaeden quien te controla? ¿O uno de sus perros falderos?

Su voz parecía salir de cada piedra al mismo tiempo. Una idea astuta. Ocultaba su ubicación. Gul'dan descifró rápidamente cómo imitar eso. Un pequeño toque de vileza y su propia voz resonaba por toda la cámara. —Khadgar, nunca te agradecí por tu ayuda. Habría sido difícil acabar con la Horda de Hierro yo solo. Tú y tus amigos fueron bastante útiles —dijo.

Khadgar rió. —Sí y todo terminó tan bien para ti. Te daré ese tipo de ayuda cuando quieras. Giró y una explosión de fuego se dirigió a Gul'dan. Pilares de roca se evaporaron, rocas caían desde el techo, con tal estruendo que parecía una avalancha.

Gul'dan no se movió mientras dejaba que el caos se calmara. El ataque había fallado solo por unos cuantos metros. Tal vez no se había ocultado tan bien como esperaba... Pero tras un momento, Khadgar se dio vuelta. Un poco de suerte, nada más.

Gul'dan tenía un buen ángulo de la espalda de Khadgar, pero tenía prohibido aprovecharlo. Era absurdo. Tal vez tendría permitido cometer un error en el calor de la batalla. Kil'jaeden tal vez

se enfurezca, pero todavía me necesita, pensó. Cuando el momento fuera oportuno, Gul'dan probaría su teoría.

Hasta entonces, debía apurarse con su tarea. No más vueltas torpes con cada paso. — Kil'jaeden, dime qué hay en esta tumba y cómo liberarlo —susurró Gul'dan.

Reinó el silencio. Finalmente, Kil'jaeden cedió.

—*ESCUCHA CON CUIDADO.*

Así lo hizo. Mientras Kil'jaeden hablaba, la boca de Gul'dan se retorció en una sonrisa siniestra.

Khadgar caminó lentamente por el centro de la cámara, sin intentar siquiera enmascarar sus pasos. El área era enorme. Hileras de pilares se extendían en la oscuridad, apenas visibles por el brillo de unas runas semidespiertas. Gul'dan tenía una fuente interminable de escondites. Sería más fácil obligarlo a salir que cazarlo entre las sombras.

—¿Tienes miedo, Gul'dan? —No hubo respuesta. Khadgar esperaba que cada palabra, cada paso, fuera como una daga que perforaba el orgullo del brujo; Gul'dan no estaba complacido con la orden de retirada. ¿Acaso la Legión Ardiente lo guiaba tan de cerca? Khadgar habló con liviandad—. ¿Alguna vez has tenido que derrotar personalmente a un adversario preparado? ¿Alguien que sabe exactamente lo que eres? Ciertamente, tu otro yo nunca lo hizo. Luchó desde Draenor hasta Azeroth y devastó ciudades enteras, pero siempre tuvo a otros que hacían el trabajo sucio. Esto debe ser muy incómodo para ti.

Un débil crujido. Piel sobre tela. Esa fue toda la advertencia que tuvo Khadgar. Gul'dan estaba levantando las manos.

Un muro descomunal de fuego verde se dirigía velozmente hacia la espalda expuesta de Khadgar. Dejó que se acercara. Sintió el calor en la nuca antes de hacer un gesto sencillo. La magia arcana congeló el aire a su alrededor y lo envolvió en una barrera de hielo.

El fuego de Gul'dan apenas pudo derretir unas cuantas gotas. Con un rugido, Gul'dan se retiró a las sombras de nuevo. Khadgar sonrió. Otro gesto y la barrera se convirtió en miles de esquirlas pequeñas que cubrieron el suelo con un sonido musical. Khadgar se sacudió el frío repentino y continuó caminando mientras sus botas convertían el hielo en charcos. —Casi me diste —dijo.

Un gruñido ahogado de dolor flotó por la cámara.

Khadgar no pudo evitar reír. —¿No tenías permiso para atacarme? ¿Cómo se siente la disciplina de la Legión, Gul'dan? ¿Listo para ser una buena mascota?

La voz del orco casi explotaba de ira contenida. —¿Crees en el destino, humano? —preguntó.

Una pregunta extraña. —Conozco tu destino —replicó Khadgar.

—¿Qué hay de la redención?

—¿Redención? ¿Para ti? No —bufó Khadgar.

—No, no para mí —admitió Gul'dan—. Tu clase de redención me aburre. También aburrió al hijo de Grito Infernal por lo que escuché.

Eso era cierto. —¿Qué es lo que quieres? Imagino que ser una marioneta no te atrae.

—Quiero que mis enemigos ardan —dijo Gul'dan.

—Encantador —dijo Khadgar. No salieron más ataques de las sombras. Gul'dan estaba haciendo tiempo.

Khadgar inspeccionó la cámara. Un pedestal cercano brillaba, lo que atrajo su atención. Reconoció las runas sobre él. Eran obras antiguas de Altonatos. Durante la Guerra de los Ancestros, cuando la Legión intentó abrir un portal aquí (lo que habría creado un segundo frente, más o menos), se necesitó un importante esfuerzo mágico para sellarlo. Eso era exactamente lo que estaba viendo: uno de los cinco sellos. Los conocía solo por sus estudios. Khadgar se inclinó para examinarlo, era un trabajo fascinante, muy preciso, a pesar de que lo habían hecho con prisa. Seguía activo y emitía una luz violeta mientras...

Se escuchó un ruido. El sello emitió un destello verde; luego se apagó. Khadgar lo observó. Luego de unos segundos, un humo acre salió de él, pero la luz se había desvanecido permanentemente.

El sello había desaparecido, roto frente a sus ojos. Khadgar sintió una picazón en su mente: Gul'dan. Aunque oculto, estaba destruyendo los sellos.

¿Y cuando ya no estén? La Legión gana. Khadgar no podía esperar más. Manipuló energía hasta formar una lágrima que llegaba hasta sus hombros, después la llenó de poder. Aparecieron dos brazos, y el elemental arcano abrió los ojos. —A tus órdenes —dijo.

Khadgar apuntó a las sombras. —Hay alguien oculto. Patea algunas rocas hasta que lo encuentres —dijo.

—Obedezco —respondió el elemental. Realmente no podía patear nada, no tenía piernas, pero flotó hacia la esquina este sin hacer preguntas. Eso estuvo bien. Los elementales podían ser terriblemente literales. Con el tiempo, tropezaría con Gul'dan, no podía evitarlo. ¿Pero por qué parar con uno? Khadgar invocó más. Era tiempo de presionar al brujo.

Y con suerte a sus amos, pensó Khadgar. De repente se le ocurrió una idea nueva. La distracción podía adoptar muchas formas después de todo.

—Gul'dan —dijo—, tengo que preguntar, ¿la Legión te contó cómo moriste?

Ese no era yo, pensó Gul'dan. Pero su enfado luchaba con su curiosidad. ¿Acaso el archimago conocía el final del otro Gul'dan?

Kil'jaeden parecía haber leído su mente.

—*IGNÓRALO.*

—Eso hago —siseó, todavía adolorido. Luego de que Gul'dan atacara a Khadgar, su desobediencia había obtenido una respuesta rápida. Eso lo enfureció más. Ni los esclavos de Gran Magullador tenían que aguantar semejante trato, maldijo en silencio.

Observó la cámara. Ninguna de las creaciones de Khadgar estaba cerca. Gul'dan estaba usando solo una pequeña porción de poder vil, demasiado pequeña para que incluso Khadgar lo localizara.

Pero eso era todo lo que el brujo necesitaba.

Kil'jaeden había revelado la verdad de la tumba. La estructura original estaba protegida contra intrusos demoníacos desde hacía siglos, pero Gul'dan no era un demonio. No exactamente. Había mucho poder en este lugar y no todo era derivado de la Legión. Había sido extendido, invertido y ocultado con tanta habilidad que solo una persona lo había descubierto antes. Pero después de diez mil años de descuido, estos sellos, forjados con el poder de un titán por mortales imperfectos, tenían debilidades minúsculas. Debilidades fatales.

La Legión no podía tocar los sellos, pero los demonios los habían estudiado. Los antiguos diseñadores de los artefactos los habían creado para que acabaran con cualquiera que intentara destruirlos, pero Gul'dan sabía exactamente cómo abrir los cinco sellos de forma segura.

Ya había caído el primero, y Gul'dan seguía vivo. La Legión le daba instrucciones auténticas. Quedaban cuatro.

Gul'dan se esforzó y sintió que algo cedía. Toda la tumba tembló. Otro sello se había roto. Quedaban tres. Miró a Khadgar, quien inclinó la cabeza, pero no parecía comprender la magnitud de lo que había sucedido. Romper los sellos no era un evento tan dramático como lo había supuesto Gul'dan.

Todo el poder que la Legión había preparado para abrir este portal parecía estar llamando a Gul'dan desde la distancia. Había estado dormido por mucho tiempo. Alguien debía reclamarlo.

Por otro lado, Gul'dan empezaba a sospechar que la Legión desconocía la otra fuente de poder que yacía debajo. Pero, aunque podía sentirlo, no podía blandirlo. Eso lo hacía irrelevante. Por el momento.

La voz de Khadgar se coló en sus pensamientos. —La Horda, la primera Horda, había asolado Lordaeron. Tú los abandonaste para venir aquí. —Uno de los elementales de Khadgar flotó cerca de Gul'dan, pero no lo vio—. Esta isla estaba bajo el océano. Tú la levantaste. Muy impresionante.

Gul'dan estaba concentrado en su tarea, con los dedos retorcidos involuntariamente. Su poder vil se movía en lo profundo de las runas de la tumba, en búsqueda del tercer sello. Ahí está. Gul'dan intentó tomarlo. No pudo. Era escurridizo. Cada vez que intentaba abrir su punto débil, fracasaba. Era como tratar de desatar un nudo de seda de araña en la oscuridad. Con los dedos de los pies.

—Y como recompensa por tu lealtad, ¿sabes qué pasó después, Gul'dan? —preguntó Khadgar.

De repente, Gul'dan perdió el control sobre su magia. El tercer sello no solo se quebró; quedó hecho añicos.

Un repiqueteo profundo sonó por toda la habitación y luego un estruendo. Gul'dan se congeló. Las creaciones de Khadgar dejaron de moverse. Empezó a escucharse un leve zumbido, y un tono tenue, entre verde y violeta, comenzó a brillar en cada roca que formaba la tumba.

Gul'dan no solo había abierto el tercer sello, accidentalmente había destruido el cuarto también. Era casi un milagro que no hubiera acabado con él.

Solo quedaba un sello. El placer de Kil'jaeden era inconfundible.

—BIEN HECHO. DESTRUYE EL ÚLTIMO.

Gul'dan vaciló. El último sello se sentía diferente. Lo investigó, pero no tenía punto débil. Parecía increíblemente fuerte y se volvía más poderoso con cada momento que pasaba. La tumba misma lo reforzaba. Energía arcana fluía hacia él.

Era demasiado complejo para ser un accidente. Alguien había anticipado este momento y había creado un mecanismo para detenerlo. Había otra fuente de poder involucrada. Gul'dan lo presentía. Era esa otra mortal, la que había reclamado este lugar hacía siglos. Esta era su obra.

—Kil'jaeden, ¿qué sucede? —susurró Gul'dan.

No hubo respuesta.

Más luz llenó la cámara. Gul'dan podía sentir que Khadgar preparaba una cantidad increíble de poder arcano. El archimago estaba claramente al tanto de que sucedía algo importante. — Ahora sé por qué este lugar se siente tan extraño —dijo Khadgar—. No sentía algo así desde mi entrenamiento. No sé por qué siento el poder de un guardián, Gul'dan...

Khadgar liberó la energía. Gul'dan se protegió, pero la magia arcana no viajó hacia adelante. Se manifestó en el aire. Una cuña brillante, tres veces del tamaño de Khadgar, brillaba y chisporroteaba, sus ángulos formaban un canto fino. Khadgar la rotó con las manos, y el canto quedó apuntado directo al suelo.

La voz del archimago se oía cansada pero decidida: —... pero veo lo que intenta hacer. —Los elementales arcanos se apresuraron hacia la cuña. Sus brazos se volvieron uno con ella—. Y creo que le ayudaré.

Gul'dan sintió brotar de Kil'jaeden una ola silenciosa de alarma.

Los elementales empujaron hacia abajo. La cuña golpeó el suelo y destrozó el piso de roca. Toda la cámara se agitó. Gul'dan cayó.

—¡MÁTALO! ¡MÁTALO YA, GUL'DAN!

Hasta ahí llegaban los planes de Kil'jaeden. Gul'dan se levantó, dejando que su capa negra cayera de sus hombros. Ya no necesitaba esconderse. Desechó todos sus trucos. —Obedezco, Kil'jaeden —respondió el orco mientras levantaba las manos.

Khadgar lo vio de inmediato. —Así que es Kil'jaeden —dijo, sonriendo. Sus manos también apuntaban hacia adelante.

Los poderes de Khadgar y Gul'dan se encontraron en el medio con un trueno ensordecedor. El calor de la batalla ablandó la roca bajo sus pies. Los elementales arcanos volvieron a levantar la

cuña. La cámara se estremecía, los pilares colapsaban. Los elaborados mecanismos diseñados para abrir un portal se agitaban y se revolvían. La cuña subía y bajaba. Los turbulentos tintes violetas y verdes parpadeaban.

El lugar estaba a punto de colapsar. Khadgar bien podría destruir toda la cámara, y con ella, el portal de la Legión.

Gul'dan soltó ataque tras ataque. Khadgar los bloqueó todos. No necesitaba arriesgarse con un contraataque. Estaba ganando.

—Kil'jaeden —susurró Gul'dan—, necesito el poder de la tumba.

—No.

—Queda un sello, ¡y lo están protegiendo! ¡No puedo destruirlo y matarlo! —Las palabras azotaron la lengua de Gul'dan—. Ha tenido décadas para estudiarme. Puede soportar por mucho tiempo.

—*VAS A TRAICIONARME.*

Gul'dan infundió a la fuerza más poder en sus ataques. Khadgar flaqueó, pero recuperó la firmeza. Gul'dan gruñó con frustración. —Khadgar va a destruir la tumba. La Legión nunca podrá usar este lugar de nuevo. Confía en que quiero ver muerto a este tonto o confía en que todos tus planes arderán.

El sudor empapaba el rostro de Khadgar. —Olvidé terminar mi historia —dijo—. Cuando entraste a la tumba de Sargeras, moriste en una emboscada.

Gul'dan sentía la indecisión de Kil'jaeden. El Falsario me conoce muy bien, pensó. Pero había algo nuevo, un lago de fuego en otro reino, a su alcance...

—El otro Gul'dan no murió a manos de la Alianza ni de la misma Horda que traicionó —agregó Khadgar. Gul'dan no podía evitar escucharlo—. Entró a la tumba y los demonios lo despedazaron miembro por miembro. Supongo que dejó de serle de utilidad a la Legión Ardiente.

Las palabras dejaron a Gul'dan paralizado.

Alguna vez fue un marginado en Draenor cuya sola ambición era encontrar su próxima comida. La Legión le había abierto la mente a una verdad simple: la fuerza no puede ser ignorada. Nunca tendría hambre de nuevo.

Khadgar acababa de mostrarle otra verdad: la fuerza de Gul'dan dejaría de ser útil. No era solo una posibilidad que la Legión simplemente lo descartara. Era una certeza. Era su destino.

Y entonces, se llenó de poder.

Khadgar seguía hablando: —Me pregunto, Gul'dan, qué harán contigo cuando terminen. —Se detuvo. El humor dejó su voz; debió sentir el cambio—. ¿Qué estás haciendo, brujo?

Gul'dan detuvo el ataque contra Khadgar y centró su poder sobre el último sello. Toda su fuerza, todo el poder prestado. Gul'dan tomó el sello en un puño vil...

... y lo aplastó. La energía letal del sello quedó libre, crepitando contra la suya.

Y así, la protección desapareció. El reservorio de la Legión Ardiente, con suficiente fuerza para destruir las barreras entre los mundos, estaba libre, precipitándose hacia el portal enterrado en lo profundo de la isla.

Esa fuerza nunca llegó. Gul'dan la reclamó primero.

La mente de Gul'dan se llenó de fuego. Gritó, se tomó la cabeza con las manos y cerró los ojos con fuerza. Olvidó a Khadgar, olvidó la tumba. Sus defensas cayeron y la furia arcana de Khadgar barrió con él. Gul'dan no sintió nada. Se asfixiaba con poder. Se ahogaba en un océano sin fin.

Era vil. Y hermoso. Bebió profundamente.

Sintió dolor.

Y entonces encontró el equilibrio. Sintió el control.

Este... este era poder verdadero. Era lo que buscaba desde hacía mucho. Era lo que la Legión Ardiente le había prometido: una fuerza que no podía ser ignorada.

Y lo único que los demonios le habían dado hasta ahora eran sobras. ¿Por qué darle más a un tonto desechable?

Gul'dan abrió los ojos. —Adiós, archimago —dijo mientras levantaba solo un dedo.

Khadgar se recubrió de hielo.

Una furia apabullante hizo erupción. La cámara se agitó como un barco en mar gruesa. Los elementales arcanos y su cuña se evaporaron en un segundo.

El bloque de hielo, y el archimago en él, no era más que una pequeña piedra en un huracán. Aun así, sin importar cuán fuerte apretara el brujo, no se rompía. Eso lo sorprendió. Sentía que podía abrir el mundo entero en dos si era lo que quería. Pero era un contratiempo menor. Khadgar podría morir después. Gul'dan movió la mano y el hielo salió volando por la entrada, lejos de su vista. Luego hizo colapsar el arco de la puerta. Toneladas de roca cayeron y sellaron la cámara. Si Khadgar seguía vivo, ya no sería un problema.

Gul'dan había ganado. El poder dentro de él era inimaginable. Las posibilidades, infinitas.

Sin embargo, Kil'jaeden seguía pensando que podía dar órdenes.

—HICISTE UNA PROMESA, GUL'DAN. COMPLETA TU TAREA. ABRE EL CAMINO PARA NOSOTROS.

Gul'dan respiró profundo, saboreando el momento.

—No, Kil'jaeden —respondió—. No lo haré.

©2016 Blizzard Entertainment, Inc. Todos los derechos reservados. Legion es una marca comercial y World of Warcraft, Warcraft y Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas comerciales registradas por Blizzard Entertainment, Inc. en Estados Unidos o en otros países.